ra cultivar algunas legumbres, y al que van á pacer los asnos y las cabras abandonadas sobre sus escarpadas pendientes las yerbas agostadas y marchitas por el polvo y la inmundicia: que se siembre ademas de piedras sepulcrales pertenecientes á diferentes cultos, y he aquí lo que es el valle de Josafá.

El mismo dia.

Estoy delante de la fuente de Silhoé única que se ancuentra en el valle: él es el manantial que daba inspiraciones á los reyes y á los profetas. No sé como son tantos los viajeros que han tenido dificultad en hallarla, y que disputan todavía sobre el lugar que ocupa: héla aquí llena de sabrosa y límpida agua esparciendo su húmedo vapor en el aire abrasado y polvoroso del valle, á veinte escalones de profundidad, en la roca que sostenía el palacio de David, con su bóveda de piedras alisadas por los siglos, y tapizadas en sus intersticios de musgo y de yedra antiquísima. Las gradas están gastadas y relucientes como el mármol, por los pies de las mujeres que vienen á llenar sus cántaros del pueblo de Silhoé: he bajado á ella; me he sentado sobre sus fresquísimas baldosas; he escuchado con atencion su ligero murmullo para acordarme de él; he lavado en sus aguas mis manos y mi frente, y he repetido los versos de Milton para invocar sus inspiraciones, que estan mudas hace ya tanto tiempo. Este es el solo punto de los alrededores de la ciudad Santa, donde puede el viajero humedecer sus dedos, apagar su sed, é inclinar su cabeza á la sombra de una peña refrescada y de dos ó tres copos de verdura. Algunos huertecitos plantados de granados y de otros arbolillos por los árabes de Silhoé, esparcen al rededor de la fuente algunos ramos de hojarasca de un color verde caido: estos árboles están regados y nutridos por las sobrantes aguas de la fuente: allí concluye el valle de Josafá: mas abajo hay un pequeño llano, al que se llega por una suave pendiente, que atrae la vista á las anchas y profundas gargantas de los montes volcánicos de Jericó y San Sabas: el mar Muerto concluye el horizonte.

CAPILLA ALFONSINA

MARGENES DEL JORDAN, MAS ALLA DEL LLANO DE JERICÓ, A POCAS LEGUAS DE LA DESEMBOCADURA DEL RIO EN EL MAR MUERTO.

A las siete de la mañana del 30 de octubre dejamos á Jerusalen toda la caravana, seis soldados de Ibrahim pachá, el sobrino de Abugost con sus cuatro caballos, y ocho caballos árabes de Naplusa enviados por el gobernador de Jerusalen: dimos la vuelta á la ciudad, bajamos al fondo del valle de Josafá, y subiendo despues á lo largo del monte de los Olivos, dejando á la derecha el *mons offensionis*, atravesamos en su estremidad meridional la cadena de montes, que son continuacion del de los Olivos, y llegamos al lugar de Bethulia, poblado aun por algunas familias árabes, donde reconocimos los restos de un cristiano monumento. Allí hay una fuente, y un árabe estuvo una hora sacando agua para dar á beber á nuestros caballos, y llenar nuestras vasijas, que siempre llevábamos colgadas de las sillas de nuestras

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

mulas: no se encuentra agua hasta Jericó, que está á diez ó doce horas de camino.

Salimos de Bethulia á las cuatro de la tarde, y bajamos dos horas por un camino ancho y por pendientes artificiales, cortadas á pico en los montes, que sin interrupcion se sucedian. Este es el único camino que he encontrado en Oriente, el cual va á Jericó y á las fértiles llanuras regadas por el Jordán, y guia á las posesiones de las tribus de Israel, á las que tocó todo el curso de este rio y el llano de Tiberiades hasta las inmediaciones de Tiro y el pie del Líbano. El mismo camino conduce á la Arabia, á la Mesopotamia, y desde allí á la Persia y á la India, con cuyos paises habia establecido Salomon sus grandes relaciones comerciales: el fué sin duda quien lo hizo construir, y por estos valles fué probablemente tambien por donde pasó el pueblo judío la primera vez que bajó de la Arabia Petrea para tomar posesion de su herencia.

Al salir de Bethulia no se encuentran casas ni cultivo, y los montes están desnudos de vegetacion enteramente: todo es peña, ó polvo que traslada el viento segun su direccion: un color ceniciento subido, cual si fuera un paño fúnebre, cubre toda esta tierra. De tiempo en tiempo se quebrantan y hienden los montes en estrechas y profundas gargantas, que son abismos sin senda, en los que no distingue la vista mas que la repeticion de las escenas mismas que le rodean. Casi todos estos montes tienen apariencia volcánica, y las piedras que han rodado sobre sus laderas ó sobre el camino, parecen pedazos de lava endurecida, con grietas abiertas por los siglos. A trechos, aunque á gran distancia, y sobre las crestas de algunos co-

CAPILLA ALFONSINA

llados, se nota tambien ese ligero tinte amarillento y sulfúreo, que se ve sobre el Vesubio y sobre el Etna; de modo que no se puede resistir mucho tiempo la impresion de tristeza y horror que inspira este espectáculo, opresion del corazon, y afliccion para la vista. Cuando uno llega á la cumbre de alguna de estas montañas, y se estiende un instante el horizonte ante sus ojos, no ve sino cordilleras negruzcas, cimas cónicas ó truncadas, amontonadas unas sobre otras, que se dibujan en el subido azul del firmamento: es un laberinto sin límites, avenidas de montañas de todas formas despedazadas, rotas, hendidas en inmensos pedazos, y vueltas á encadenar ó atar las unas á las otras, por eslabones de collados semejantes, con barrancos sin fondo, en donde al menos espera uno oir el ruido de un torrente: pero en donde nada se oia, y sin que se pudiese descubrir un árbol, una yerba, una flor, un solo musgo siquiera: ruinas en fin de un mundo calcinado, donde el hervor de su tierra de fuego con su caldo petrificado ha formado estas ondas de piedra y de tierra. A las seis encontramos en el fondo de un barranco las paredes de un arruinado kan, y una fuente defendida por una pared, en la que estaban escritas sentencias del Koran; la fuente corria gota á gota, y nuestros árabes aplicaron á ella en vano sus labios: hicimos descansar los caballos un momento, y como hacia tanto tiempo que bajábamos, creíamos hallarnos al nivel del llano de Jericó y del mar Muerto. Volvimos á tomar el camino, rendidos del calor y del cansancio del dia; nuestros ginetes árabes nos lisonjeaban con la esperanza de hallarnos á pocas horas de Jericó: mas la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

noche se acercaba, y el crepúsculo añadió pronto su horror al de las gargantas en donde nos hallábamos. Despues de una hora de marcha en el fondo de este valle, nos hallábamos todavia sobre las escarpadas pendientes de una nueva cadena de montes que nos pareció la última para bajar al llano de Jericó: la noche cerrada nos ocultó enteramente el horizonte; no podiamos distinguir los precipicios sin fondo que teniamos á nuestros pies, en cuyos abismos íbamos á caer al menor paso dado en falso: la sed nos devoraba; nuestras vasijas se habian agotado, y como uno de los samaritanos dijese á mi dragoman que sabia donde habia una fuente alli cerca, nos decidimos á hacer alto si la encontraba; mas al cabo de media hora de esperar, volvió diciendo que no habia podido encontrarla, y nos determinamos á seguir adelante. Nos quedaban todavia cuatro horas de camino: colocamos los árabes de Naplusa á la cabeza de la caravana; se dió órden á los ginetes de seguir paso á paso al que le precedia sin perder su huella; y se estableció el mas profundo silencio.

Era la noche tan oscura, que no se alcanzaba á distinguir la cabeza del caballo, y solo seguíamos á nuestros compañeros por el ruido de los pasos; mas la caravana se detenia á cada instante, porque los que iban delante tenian que sondear la senda, por temor de precipitarnos en el abismo; asi es que nos apeamos para marchar con mas seguridad, y veinte veces nos vimos precisados á detenernos por los gritos que se daban á la cabeza ó á la cola de la caravana, de haber rodado un caballo, ó de haber caido un hombre. Ya estuvimos á punto de hacer alto, y esperar inmóviles en nuestro sitio á que pasase una noche tan larga y profunda; pero la cabeza andaba, y era preciso seguirla. Al cabo de tres horas, pasadas en este peligro y ansiedad, oimos muchos gritos y tiros á la cabeza de la caravana; creimos que nos atacaban los árabes de Jericó, y cada uno se dispuso á hacer fuego; pero de uno á otro se nos comunicó la noticia de que eran los naplusianos, que gritaban de alegría, y que disparaban sus armas porque nos habíamos salvado del mal paso. Con efecto, sentimos que el camino se allanaba, y yo volví á montar: mi caballo llega á sentir la inmediacion del agua, se resiste al freno, yo quiero sujetarlo, y en la lucha cae conmigo en una quebrada: nadie lo advierte con la oscuridad; pero no suelto la brida, recobro la silla, abandono el animal á su instinto, sin saber si me encuentro en una cornisa del monte ó en el barranco de un llano, y él echa al galope relinchando, y no para hasta la orilla de un ancho arroyo, poco profundo, y rodeado de zarzas ó espinosos arbustos. Mientras que bebe oigo á mi izquierda los gritos y los tiros de pistola de mis árabes, que han notado mi falta, y que me buscan en el llano: al mismo tiempo veo brillar un fuego al través de las hojas de los arbustos, dirijo mi caballo por este lado, y en pocos minutos me encuentro á la entrada de mi tienda, plantada á la orilla del riachuelo. Entonces era ya media noche; comimos un pedazo de pan mojado en agua, y nos dormimos, sin saber donde estábamos, y sin llegar á concebir cómo habíamos pasado tan repentinamente desde aquella soledad sin sombra y sin agua á la orilla de un arroyo que á la luz de nuestras hachas y de la hoguera de los árabes,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

nos pareció un riachuelo de los Alpes, con su cortina de sauces y sus matorrales de juncos.

Si hubiese tenido el Tasso la inspiracion de los lugares al escribir su Jerusalen Libertada, como Mr. de Chateaubriand supone de lo que no le alabaré por mas que sea su admirador, pues es imposible haber comprendido menos los sitios, ni mentido mas con respecto á las costumbres, aunque esto nada importe, pues la poesía está en el corazon: si hubiese tenido, repito, semejante inspiracion, la orilla de este arroyo hubiera sido el punto adonde hubiera hecho llegar á Herminia huyendo en su caballo abandonado á su capricho, y donde hubiera encontrado á ese pastor de la Arcadia, y no árabe, del que hace tan brillante descripcion.

Nos despertamos muy de mañana al ruido del canto de mil pájaros que volaban entre las ramas de los árboles, y al murmullo del agua que corria en su cáuce sobre un fondo cubierto de guijarros, y salimos de las tiendas para recorrer el sitio adonde la noche nos habia arrojado. Los montes de la Judea que habíamos atravesado la víspera, quedaban al Oriente, á una legua de nuestro campo: su cadena árida siempre, se estendía hasta perderse de vista al Mediodía y Norte, y de distancia en distancia veíamos anchísimas gargantas que desembocaban en el llano, de las cuales salian como rios, olas de vapores nocturnos que se estendian á manera de sábanas de niebla sobre las arenas ondeadas de las orillas del lago Asphaltite. Al Occidente un vasto desierto de arena nos separaba del Jordan que no alcanzábamos á ver, del mar Muerto, y de las montañas azules de la Arabia Petrea. Estas

CAPILLA ALFONSINA

montañas, vistas á tales horas y desde semejante distancia, por el juego de sus sombras sobre sus cumbres y en sus valles sembrados de cultura, y sombreados de bosques, y por los blanquizcos barrancos que los surcan, nos parecian la caida del agua, y el resplandor de una cascada. Era sin embargo una equivocacion, pues cuando nos acercamos reconocí que su mayor parte presentaba el mismo aspecto de esterilidad y desnudez que las de la Judea. Todo en derredor nuestro era fresco y risueño, aunque inculto, porque el agua lo anima todo, hasta el desierto; y los ligeros arbustos que estaban esparcidos á su orilla como florestas artificiales á grupos de dos y tres, nos recordaban los hermosos paisages de nuestra patria. Montamos á caballo, y aunque no debíamos estar sino á una legua de Jericó, como no distinguíamos ni las murallas, ni el humo en la llanura, no sabíamos á punto fijo la direccion que debíamos tomar, cuando unos treinta beduinos montados sobre caballos soberbios desembocaron por entre dos lomas de arena, y se acercaron á nosotros. Esta cabalgata se componia del scheik y de los principales habitantes de Jericó, los cuales habian sabido nuestra llegada por un árabe del gobernador de Jerusalen y nos buscaban en el desierto para unirse á nuestra comitiva. No conocíamos hasta entonces á los árabes del desierto de Jericó mas que por la nombradía de ferocidad que tienen en toda la Siria, y en el primer momento no sabíamos con exactitud si venian como amigos ó enemigos; pero en los muchos dias que permanecieron con nosotros no hicieron cosa que indicase mala intencion. Aterrados por el nombre de Ibrahim, de quien nos creian emi-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

sarios, nos daban todo lo que ofrecia el pais, la libertad del desierto, el agua de las fuentes y la comida para nuestros caballos. Di gracias al scheik y sus amigos por la escolta que me ofrecian; se unieron á nosotros y corriendo á nuestros flancos por encima de los montes de arena se presentaban y desparecian con la celeridad del rayo. Un hermano del scheik montaba un caballo muy hermoso y de una viveza estraordinaria, y encargué á mi dragoman que lo comprase á cualquier precio; mas como una oferta semejante no puede hacerse directamente sin herir la delicadeza de su dueño, fueron necesarios muchos dias de negociaciones para adquirir este precioso animal que destiné para mi hija.

JERICÓ.

Despues de una hora de camino nos encontramos, cuando menos lo esperábamos, á los pies de los muros de Jericó, los cuales son unas verdaderas murallas de veinte pies de elevacion sobre quince ó veinte de espesor, formadas de haces de espinos, puestos unos sobre otros, y arreglados con admirable industria, para impedir el paso de los hombres y de los ganados: estas murallas, si bien no caerian naturalmente al son de trompeta, una chispa del fuego del pastor, ó la zorra de Sanson, las incendiarian fácilmente. Esta fortificacion de pinos secos tenia dos ó tres puertas, abiertas siempre, que guardarian sin duda por la noche los centinelas árabes. Al entrar por una de estas puertas vimos sobre los anchos techos de algunas cabañas de barro todas las mujeres y niños de la ciudad, agrupados en actitudes las mas pintorescas, que se

CAPILLA ALFONSINA

apiñaban unas á otras para vernos pasar. Estas mujeres, desnudas de hombros y piernas, no llevaban mas vestido que un pedazo de tela de algodon azul, atado á la mitad del cuerpo con un cinturon de cuero, brazos y piernas adornados con brazaletes de oro y plata, y el pelo crespo flotando sobre el cuello; algunas lo tenian trenzado como anchas pleitas, entrelazado con piastras y sequines que caian con profusion sobre sus pechos y hombros. Hay varias de ellas muy hermosas, pero no tienen el aire de dulzura, de tímida modestia y languidez voluptuosa de las árabes de la Siria. No parecen mujeres sino hembras de bárbaros: tienen en los ojos y ademanes el mismo fuego, la misma audacia y la propia ferocidad del beduino. Habia muchas negras en medio de ellas que no parecian esclavas; y no lo serian tal vez, porque los beduinos se casan indistintamente con negras ó blancas, sin que influya el color en las categorías. Las mujeres prorumpian en gritos salvages y reian al vernos pasar; los hombres al contario mostraban reprobar su curiosidad indiscreta, y solo aparentaban gravedad y respeto. No lejos de las murallas de espinos pasamos por cerca de dos ó tres casas de scheiks, edificadas con barro secado al sol; tienen pocos pies de elevacion; el terrado cubierto de esteras y alfombras es la habitacion principal, y la familia pasa en él el dia y la noche. Delante de la puerta hay un ancho banco de barro seco, allí se estiende una alfombra para el dueño de la casa, que se establece en él desde por la mañana rodeado de sus esclavos, y recibe las visitas de sus amigos. El café y la pipa humean sin cesar; un gran patio

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

lleno de caballos, de camellos, de cabras y de vacas, rodea la casa, y hay siempre ensilladas y embridadas dos ó tres hermosas yeguas para las correrías del dueño.

Nos detuvimos algunos momentos cerca del palacio de barro del scheik, que nos ofreció agua, café, la pipa, y hacer matar una ternera y algunos carneros. Recibimos de él tambien, pollos, sandías y otras cosas, y volvimos á tomar el camino precedidos del scheik y de quince ó veinte caballos de los árabes principales de la ciudad. A la inmediacion de Jericó encontramos algunos campos de maiz bien cultivados, huertos de naranjos y granados y hermosas palmeras que circundan las casas esparcidas por las cercanías de la ciudad; pasado todo esto se convierte otra vez en arena y desierto, llanura inmensa con muchas graderías que sucesivamente bajan hasta el Jordan, cuyos escalones ó gradas son tan regulares como los de una escalera artificial. La vista solo distingue una lisa llanura, pero despues que se ha andado una hora, se encuentra la orilla de una rampa; se vuelveá andar una hora mas para bajar otra, y así sucesivamente. El suelo es de blanca arena cubierto de una costra salinosa, producida sin duda por las nieblas del mar Muerto que caen sobre el suelo, y que al evaporarse dejan esta costra de sal: no se ve ni piedra ni tierra sino á la orilla del rio y al pie de los montes; por todas partes se descubre un vasto horizonte, en que se puede distinguir desde muy lejos á un árabe galopando en el llano. Como esta llanura es el teatro del asalto y saqueo de las caravanas que van de Jerusalen á Damasco, ó de la Mesopotamia al Egipto, los árabes se han aprovechado de algunas lomas formadas por la movediza arena, y han levantado otras para ocultarse á la vista de las caravanas y observarlas desde lejos: en la cumbre de estas lomas hacen en la arena un grande hoyo y allí se ocultan con sus caballos. En el momento que distinguen las víctimas, corren á advertir á su tribu, vuelven con ella, y se arrojan al ataque con la rapidez del halcon. Su única industria, su única gloria y su civilizacion particular es el asesinato y el robo; y dan tanta estimacion al éxito de estas espediciones, como nuestros generales á la conquista de una provincia entera. Sus poetas, pues los hay entre ellos, celebran en sus versos estas escenas de barbarie, y hacen pasar de generacion en generacion el recuerdo aplaudido de su ferocidad y de sus crímenes. Los caballos tienen tambien parte en la gloria de estas relaciones: he aquí una que nos contó en el camino el hijo del scheik.

Cierto árabe con su tribu habian atacado en el Desierto la caravana de Damasco: la victoria habia sido completa, y los árabes se ocupaban ya en cargar su rico botin, cuando la caballería del pachá de Acre, que salia á recibir esta caravana, cayó de improviso sobre los victoriosos, mató de ellos un número considerable, hizo prisioneros los otros, que maniataron y llevaron al pachá. El árabe de quien hablaba, llamado Abou-el-Masch, habia recibido una herida de una bala en el brazo durante la refriega; como no era mortal su herida, los turcos lo habian atado sobre un camello, y se habian apoderado del ginete y del caballo. La tarde del dia en que debian en-

CAPILLA ALFONSINA

trar en Acre acamparon con sus prisioneros en las montañas de Saphadt: el árabe herido tenia las piernas sujetas con una correa de cuero, y estaba tendido cerca de la tienda que ocupaban los turcos. El dolor de su herida no le dejaba dormir aquella noche: oyó relinchar su caballo entre los demas que estaban trabados al rededor de las tiendas, segun la costumbre de los orientales, y habiéndole reconocido, no pudo resistir al deseo de hablar por última vez al compañero de su suerte: se arrastró, pues, penosamente por tierra con la ayuda de sus manos y de sus rodillas, y llegando adonde estaba su corcél: «Pobre amigo mio, le dijo, ¿qué harás entre los turcos? Te verás aprisionado bajo el techo de un kan con los caballos de un pachá ó de un agá; sus mujeres é hijos no te llevarán la leche del camello, ni el puñado de grano en las palmas de sus manos; no correrás ya libremente por el desierto como el viento del Egipto, y no hendirás con tu petrel las aguas del Jordan que refrescaban tu pelo, blanco como la espuma. Al menos, ya que soy esclavo, queda libre tú: Vé, pues, vuelve á la tienda que conoces, dí á mi mujer que Abou-el-Masch no volverá ya mas, é introduce tu cabeza por entre las cortinas de lo tienda, y lame las manos de mis hijos.»

Mientras hablaba así Abou-el-Masch, rompió con los dientes la cuerda de pelo de cabra, que servia de traba á los caballos árabes, y el animal estaba libre; mas viendo á su dueño herido y atado á sus pies el fiel é inteligente corcel le comprendió con ese instinto, que ninguna lengua puede esplicar; bajó la cabeza, olió el cuerpo de su amo, y cogiéndole con la boca por la correa de cuero que rodeaba su

CAPILLA ALFONSINA

cintura, partió al galope, y lo llevó á su tienda. Cuando llegó y dejó á su amo sobre la arena á los pies de su mujer y de sus hijos, el caballo espiró de cansancio: toda la tribu le lloró; los poetas lo han encomiado, y su nombre está siempre en la boca de los árabes de Jericó.

Nosotros carecemos de la idea del grado de inteligencia y de adhesion á que llega el instinto del caballo árabe por el hábito de vivir con la familia, de ser acariciado por los niños, alimentado por las mujeres, y reprimido ó alentado por la voz de su amo. Este animal por su misma raza es ya mas inteligente, y está mas domesticado que el de nuestros climas; lo mismo sucede con todos los animales de Arabia. La naturaleza les ha dotado de mas instinto, y de fraternidad mayor para el hombre que á los de Europa. Parece que se acuerdan de los dias de Eden, en que estaban voluntariamente sometidos á la dominacion del rey de la naturaleza. Yo mismo he visto frecuentemente en Siria pájaros cogidos por los niños por la mañana, perfectamente domesticados por la tarde, que no tenian necesidad ni de jaulas, ni de atarles las patas con hilos, para retenerlos entre la familia que los habia adoptado, sino que volaban libres sobre los naranjos y sobre las moreras del huerto, y volvian á la voz á posarse sobre los dedos de los niños, ó sobre la cabeza de las muchachas.

El caballo del scheik de Jericó que yo habia comprado y montaba, me conoció por su amo al cabo de pocos dias: no se dejaba montar por otro, y atravesaba toda la caravana para acudir á mi voz, á pesar de que mi lengua le era desconocida. Apacible y cariñoso para mí, y habituado al cui-